

P.G. Escuder

E1 Viajero

Incluido en "Capicúa-Multiversos"
de Editorial Aeternum



Título: El Viajero

Autora: P.G. Escuder

Fecha de registro 02-oct-2022 8:26 UTC

Este trabajo está bajo licencia [CC BY-NC-ND 4.0](#)© 2 por

Licencia [Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0](#)

Atribución: debe otorgar el crédito correspondiente, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de ninguna manera que sugiera que el licenciente lo respalda a usted o su uso.

No comercial: no puede utilizar el material con fines comerciales.

ShareAlike: si remezcla, transforma o construye sobre el material, debe distribuir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.

El Viajero



Mis hábitos en Londres eran los de un muchacho despreocupado y alegre, ansioso por ingresar en la nueva vida de la universidad y la edad adulta. Poco tendría qué preocuparme por el futuro si según lo previsto, iniciaba en otoño mis estudios de medicina bajo la tutela del profesor Du Prel. Mis padres se habían ocupado de buscarme alojamiento en una modesta residencia adjunta a la consulta que el profesor tenía en Holborn. Concertaron que sería su recadero, y que si dedicaba horas de estudio y esfuerzo constante, muy pronto pasaría a ser uno de sus ayudantes. Un puesto prestigioso acorde con los propósitos de mi familia, y también los míos. Me centré por completo en los libros, durante el primer trimestre atendí con meticulosidad y entrega mis clases y cada encargo del profesor. Por minúscula que fuese la tarea volcaba en ella los cinco sentidos a fin de granjearme una reputación de hombre cabal, de científico confiable y dedicado.

Sin embargo, desde que estuve en presencia de Botazzi mis intereses cambiaron. Se grabó en mí una sensación extraña y misteriosa que ya no me abandonaría durante el resto de mis días.

Botazzi apareció en la sala de espera de la consulta sin cita previa. Por ser lunes yo me encontraba ordenando los ficheros en el cuartucho contiguo a la entrada. Desde allí escuché a Meredith Hall, actual asistente y estudiante de último grado, reclamar al recién llegado que cediese el paso a la señora Page, que de mala gana esperaba en el rellano. La segunda vez que se lo dijo el volumen y el tono firme de su voz me alertaron.

Cuando miré fuera Botazzi estaba de pie en medio de la sala, embozado en una capa de fieltro, cubierto por un sombrero y unos guantes negros.

Lo único que vi de él fueron sus crispados ojos menudos y el pelo rojizo que asomaba sin gobierno hasta casi rozar los hombros. No intercambiamos palabra porque en cuanto me vio asomar hizo un gesto con dos dedos indicando que le siguiese. Eso hice.

Lo que sé de Botazzi no es mucho, hablamos casi a diario durante las siguientes semanas, pero nunca respondió a mis preguntas; de modo que las conclusiones que expongo son mera observación.

Había en él un dualismo extravagante. Junto a increíbles dotes tenía horribles deficiencias. Era un genio sin equilibrar y hasta un lunático a veces. Hablaba de cosas que no he conseguido comprender, delirios sobre planetas abyectos de horror y muerte en los que la existencia es un convulso magma pulsátil de sangre y humores aún sin forma. Entes que habitan espacios vacíos donde ni la luz escapa al influjo de titánicas fuerzas y que impulsados por una clara voluntad de existencia, habían intentado desmembrarlo para poseer su esencia o sorber sus huesos. Según contó había llegado a sus manos un dispositivo que le permitía moverse a voluntad por el infinito, no añadió más. Se autodenominaba viajero, un errante entre dimensiones, testigo de la pavorosa cualidad de los universos superpuestos en los que los creadores habían diseminado balizas de conocimiento, como faros de este y todos los mundos.

Botazzi me citaba cada tarde en los arrabales del canal cerca de Regent's Park y desde su púlpito de mugre en la rivera del Tyburn me revelaba el apocalipsis que era su particular caos primordial. Nunca dijo por qué yo o para qué, ni hasta cuándo duraría aquella lección magistral sobre el cosmos cambiante e inconsistente que se derramaba y confluía colisionando ante sus ojos, lejos de las leyes de la física.

Por supuesto que lo tomé por loco, pero siempre he creído que el trabajo de los hombres de ciencia se desenvuelve en encorsetadas esferas de investigación. Ninguno se aventura en exploraciones que discrepan con su determinada manera de pensar. Acostumbran a negar aquello sobre lo cual nunca han investigado, sin reflexionar que pueden muy bien existir potencias de las cuales no sepan nada.

Así que cuando pedí consejo a mi tutor, el profesor Du Prel, lo hice consciente de que más allá de sus probetas no habría de encontrar explicación a la desconcertante naturaleza de las revelaciones de Botazzi. A pesar del diagnóstico claro, guiado por la curiosidad que espoleaba mi incipiente espíritu científico seguí acudiendo a nuestra cita vespertina sin saber a quién iba a encontrar en aquella ocasión.

Sería el hombre sensato que hablaba pausadamente y me hacía cuestionar la naturaleza de la existencia exponiendo el funcionamiento de las múltiples dimensiones y partículas inferiores al átomo, de las que aún no constaban registros en los libros de texto. O me habría citado el delirante profeta que volcaba en mí el miedo sin fin que atenazaba su alma de ambulante universal.

Fuese quien fuese en esta ocasión me recibió con un abrazo. El gesto me desconcertó por completo, aquello parecía una despedida, no un recibimiento.

—Voy a morir hoy — dijo — tenemos que hablar.

Sin esperar a que reaccionara caminé despacio hasta el banco de piedra junto al riachuelo y se sentó ajustándose el cuello de la capa.

— En cierta ocasión — prosiguió — me aventuré a aceptar en mis viajes, contra todo lo aconsejado, la compañía de un extraño. Ocurrieron algunos fenómenos sin importancia al principio, pero a medida que nos alejábamos más del universo base, este que ahora compartimos de forma consciente, las secuelas que hacían mella en él se hicieron más evidentes. No me refiero a su carácter, ni a que rehuyese el contacto con otros, el cambio fue físico. Una noche, mientras dormía sus ojos se licuaron. Al amanecer una membrana negra y brillante cubría las cuencas vacías. De algún modo seguía viendo, pero no solo en la frecuencia en la que percibimos la realidad tú y yo, era capaz de ver otras dimensiones. Podía ver las balizas, sabía programar el dispositivo, alterar el tiempo y el espacio para dictarle donde ir y cómo trazar un rumbo de vuelta hasta aquí. El único lugar

seguro al que tarde o temprano todos regresamos. Al poco la codicia o quién sabe si su conciencia superior, cambiaron el signo de su voluntad. Se volvió iracundo mostrándose como un perfecto desalmado.

Displicente, con la inconsciencia de un niño; abusaba de su privilegio sin la menor consideración. Estaba desbocado, absolutamente imposible de dirigir escogía el primer camino que se presentaba a su vista, aunque fuera el peor. Me arrastró hasta el borde mismo del universo, dejándome a merced de los horrores que allí habitan. Vi sumideros de estrellas en los que antiguos dioses se consumen sucumbiendo a los poderes que gobiernan los gélidos reinos del inmenso espacio abierto.

Descomunales arcos de luz pulsante que giran marcando la entrada a un nuevo plano de existencia en el que solo percibí dolor y aniquilación. Lunas oscuras como ciclópeos ojos sin párpados que atraen las almas de los que sueñan. De quienes intuyen qué oculta la oscuridad entre la fulgurante bóveda estrellada. Vi la iniquidad de las esferas inferiores. Engendros Y'rath de seis dimensiones que devoran su propia carne para regurgitar nuevas abominaciones informes. Presenció el vacío absoluto, la nada que es la muerte en tus pesadillas. Estuve allí, si hay un infierno estuve allí, si el silencio y la negación del alma pueden adoptar forma yo estuve allí. Incapaz de cambiar la voluntad de mi captor, que tiraba de mí entre los planos con la determinación de un perro que ha cobrado presa. Hacía mucho que no volvía a este mundo. Ha sido la casualidad, la probabilidad y no la voluntad lo que me ha lanzado a este remanso, aunque sea por un instante. Siento como de nuevo el firmamento me reclama, pronto me habré marchado. Si no acabo con esto ahora, quién sabe cuántas eternidades tardaré en volver a tener una oportunidad.

Botazzi me miró fijamente unos segundos.

—Hoy debo morir— dijo sin apartar sus ojos de mí. — He venido a morir contigo, a contarte todo esto antes de que dejemos de ser unos extraños. Mientras aún no seamos amigos y me pidas que te lleve conmigo a uno de mis viajes.

Sin que pudiese reaccionar sacó una de las manos enguantadas del bolsillo de la capa y se apuntó al corazón con una pistola de iridiscente empuñadura nacarada.

—Lo he hecho ya tantas veces que debería haber perdido la esperanza, pero de nuevo imploro tu clemencia— murmuró— así debe ser. Lanza mi cuerpo al canal y olvida que existo, muchacho.

El disparo ahogó mi grito, cuando lo alcancé ya caía herido de muerte. Me agarré a su capa y trastabillando caímos los dos al suelo. Aunque lo intenté, con mis escasos conocimientos médicos, no pude hacer nada por salvarle la vida. Conmocionado, recuperé el resuello de rodillas junto al cadáver de Botazzi. De inmediato pensé que alguien podía verme, estábamos en un sitio público, un disparo, estaba seguro de que no tardarían mucho en asomar los curiosos.

El pulso se me disparó cuando hice rodar el cuerpo para enrollarlo en la capa a modo de sudario. Dos vueltas más y caería al canal. La corriente lo arrastraría hasta el Támesis. Lo lancé sin mirar. Nunca olvidaré el sonido que produjo al hundirse. Saldría a flote en pocas horas. Ojalá lo encuentren pronto y no acabe devorado por las ratas. Sentí un nudo en la garganta al imaginarlo. Quisiera o no reconocerlo le había cogido cariño al tipo. Me hubiese gustado disponer de más tiempo, poder hacer algo más por él.

Di la vuelta para alejarme lo antes posible de aquel lugar y entonces vi el extraño objeto junto al banco de piedra. Debía de habersele caído a Botazzi cuando se desplomó. Era un pequeño dispositivo cuadrado, metálico. Nunca había visto nada igual. Tenía una especie de ventana de cristal en la que pequeñas luces azules destellaban formando extrañas figuras e indescifrables composiciones. Cuando lo toqué me sentí bien, profundamente bien.

Como si acabase de encontrar algo que hacía mucho hubiese perdido y ahora, por primera vez me sintiese completo.



